

## PADRES E HIJOS: EL RELATO GENEALÓGICO EN LA AUTOBIOGRAFÍA DE SANTIAGO GONZÁLEZ MATEO

*Fernando DURÁN LÓPEZ*

“Últimamente digo que los indigestos que arruguen las cejas y frente al ver la pintura y descripción de mi padre, se constituyan hijos de su merced en los términos que yo lo he sido cuarenta y cuatro años, y yo les aseguro que a los ocho días me graduarán de santo y mártir” [González Mateo, p.301].

Con esta dureza habla en el prólogo de su autobiografía el presbítero Santiago González Mateo el año 1809 <sup>(1)</sup>. El autor se cura en salud advirtiendo a su público que la ferocidad que va a demostrar contra su padre está justificada. Y es que una de las convicciones sociales más arraigadas establece un lazo de autoridad, respeto e influencia de los padres -del padre especialmente- sobre los hijos. Cuando ese lazo es desafiado, el reto viene acompa-

(1) Nacido en 1765 en Puebla de la Barca, en la Rioja alavesa, era hijo de un hidalgo propietario de tierras. Siguió la carrera religiosa sin vocación y obtuvo un beneficio en Laguardia, donde dio motivos de escándalo. En 1799 su propio padre lo denunció al Santo Oficio. En 1808 tomó el partido de José Bonaparte. En 1815 se le siguió un nuevo proceso inquisitorial. Su increíble autobiografía, que tituló *Vida trágica del Job del siglo XVIII y XIX* y que nos revela facetas humanas silenciadas en la literatura de su tiempo, lo delata como hombre dotado de un humor cáustico y amargo, y no carente de dotes literarias. Pese a ello, esta obra, conservada en un manuscrito de la Biblioteca Nacional, editado por Galo Sánchez (véase bibliografía), ha sufrido un completo olvido. Sólo la han estudiado Serrano y Sanz, que la cubre de improperios, y Julio Caro Baroja, que la considera un antecedente del «tremendismo». (“Modernizo todas las citas”).

ñado de rechazo social y sentimientos de culpa; la disolución del vínculo familiar implica un enfrentamiento con el sistema de valores vigente. Sólo a finales del XIX y sobre todo en el siglo XX se pondrán en cuestión las relaciones paternofiliales autoritarias y la psicología revelará las angustias y represiones latentes en los vínculos familiares. Repudiar públicamente de un padre tiránico no causa sorpresa hoy día, hacerlo en 1809 y en los términos en que lo hizo Santiago González Mateo resultaba insólito e inusualmente «moderno»<sup>(2)</sup>.

La concepción de la identidad propia del individualismo burgués afirma la creencia en un «yo» autónomo, poseedor de una esencia personal que no se confunde con la de la sociedad o la familia. En la autobiografía, al menos en la posterior a Rousseau, se postula la posibilidad de representación de ese yo esencial. Esta creencia, sin embargo, no es sino un mito. Como señala Sidonie Smith desde una perspectiva feminista, la identidad es un código cultural más, sometido al proceso histórico, mutable, interpretable<sup>(3)</sup>. La individualidad se construye en la autobiografía como una toma de posición ante un corto número de modelos de identidad, los que ofrece la sociedad a sus miembros; en suma, la autobiografía es la recreación, revisión o inversión de esos modelos [Smith, p.97].

Desde este punto de vista, la autobiografía de González Mateo contiene algunas claves para el conocimiento de elementos fundamentales de la identidad masculina, al mostrarnos un caso único de inversión total del patrón de individuo dominante. Esta inversión se produce, como veremos, en todos los puntos que configuran esa identidad (hijo, ciudadano, súbdito, sacerdote, hombre de bien), pero la ruptura más significativa de la que estimo dependen las demás es la que le desvincula de un lazo que era todavía fundamental a principios del XIX: el que establece una especie de continuo moral entre padres e hijos, de modo que el hombre hace depender su estimación social y, más aún, su autoestima, de la inserción en un linaje patrilineal conocido y

(2) "...Santiago González Mateo fue, ante todo, de raíz, una víctima de las brutalidades paternas, recordadas durante toda la vida y que le hicieron odiar a su progenitor más de lo que puede odiarlo un niño de éstos que han leído a Freud o que, por lo menos, han oído hablar del complejo de Edipo..." [Caro Baroja, p.121].

(3) "...como yo no considero el yo de la autobiografía como una esencia dada *a priori*, una presencia espontánea y por tanto «verdadera», sino una «ficción» cultural y lingüística constituida a través de procesos narrativos y de ideologías históricas de la identidad. quiero dar cabida a la influencia contextual de fenómenos históricos tomando en consideración modelos comunales de la identidad, es decir, aquellos intertextos que conforman la autointerpretación del autobiógrafo" [Smith, p.96].

dotado de «honor». El padre no sólo transmite el nombre, sino que con él también se hereda un lugar predeterminado en la sociedad, un patrimonio acumulado de honor (o deshonor) y la obligación de mantener la limpieza de ese nombre. El poder de la herencia, pues, no se agota en los rasgos físicos, ni en los bienes materiales, ni en el prestigio social: también existe una responsabilidad moral compartida entre padres e hijos, por la que las culpas de unos revierten sobre los otros.

Este modelo según el cual el individuo adquiere su plena dimensión en el seno de una familia patriarcal ha sido una constante de las sociedades pasadas y presentes, en la que no hace falta insistir. Baste decir que constituye el eje de la sociedad estamental europea y la esencia misma de la aristocracia que ha gobernado el continente durante siglos. En consecuencia, el resto de estamentos o clases sociales han reproducido ese modelo, y aun cuando no pudieran ofrecer un linaje limpio y antiguo han aspirado a poder enorgullecerse de sus orígenes de una u otra manera. En España, además, el concepto de nobleza de sangre se ha visto reforzado por otro criterio que nacía de la sociedad entera y no sólo de su aristocracia dirigente: el de limpieza de sangre, por el que cualquier individuo podía aspirar a un grado elemental de nobleza si en su ascendencia no había rastros judíos o moros. Esta peculiar superposición de la sociedad estamental con lo que Américo Castro califica de sistema de castas <sup>(4)</sup>, ha exagerado hasta sus peores extremos la importancia de los orígenes. Así, mientras en el resto de Europa los siglos XVI a XVIII liquidaban paulatinamente la sociedad nobiliaria en favor de una nueva estructura de tipo burgués, en España el proceso fue más lento y menos profundo.

El concepto individualista y autónomo de la identidad, el propio de la mentalidad burguesa, corresponde al sistema capitalista instaurado en Europa y Norteamérica a partir del XVIII. Ese mito esencialista del «yo» se basa en la ética burguesa del esfuerzo personal dentro de una sociedad permeable en la que, en teoría, cada cual puede ocupar un lugar tan alto como le permitan sus capacidades y nadie es juzgado sino por sus propios méritos. Ya que esta ideología se asocia en literatura con el inicio a fines del XVIII de la edad dorada de la autobiografía, el modelo de identidad que el género refleja sería precisamente éste. Sin embargo, la importancia del origen no desaparece con la misma facilidad que las estructuras políticas estamentales;

(4) "La clase social objetiva su rango en los contenidos de su función y de sus tareas; la casta lo integra en la mera conciencia de su existir, y a la larga, todos los hispano-cristianos acabaron por sentirse una casta superior por el hecho de ser cristianos, y no moros ni judíos" [Castro, p.566].

permanece allí, a menudo interiorizada y con un carácter más psicológico que social, incluso en nuestros propios días.

Esto no afecta sólo al concepto de individuo, sino también a la idea de masculinidad. Para la crítica feminista, la autobiografía es uno de los procedimientos que socializan al varón dentro de una sociedad patriarcal. De hecho, el mito esencialista del yo es parte fundamental del patriarcado. Que el linaje debilite, pues, su importancia al aburguesarse la sociedad, no significa que desaparezca la relevancia del vínculo paternofamiliar a la hora de la definición del individuo. El varón accede a través de la autobiografía a una masculinidad situada en una definición esencialista de lo masculino y lo femenino, tan mítica y ficticia como la definición esencialista del individuo. La autobiografía, género esencialmente masculino en su proyección histórica, dramatiza los problemas del autobiógrafo para definir su lugar en el mundo, pero esa definición se hace siempre en relación con el padre, que representa la obligación de asumir un sistema de valores y que exige su cumplimiento. La madre, cuantitativa y cualitativamente, ocupa un lugar muy secundario, entre la idealización y el olvido <sup>(5)</sup>.

Esa pervivencia del patriarcado explica que en la autobiografía se mantenga de manera casi ininterrumpida a lo largo de los siglos la unidad temática que denominamos «relato genealógico» y que sobrevive mucho después de que la genealogía dejase de ser el elemento axial de la valoración del individuo. Este relato aparece con una frecuencia tan alta en esta literatura que no se puede negar que forma parte de la propia estructura del género autobiográfico. Por relato genealógico entendemos el acto de nombrar a los padres, abuelos o antepasados, y precisar su lugar en la sociedad, acto que se sitúa como primera secuencia textual, previa a la noticia del nacimiento o inmediatamente posterior. Su colocación como punto cero de la narración indica que el nacimiento no se concibe como el inicio de la vida del individuo, sino que en cierto modo ésta comienza antes de nacer, porque prolonga la de los padres, la de la familia en general: el sujeto queda explicado como

(5) "La «autobiografía» entonces es, en último término, una afirmación de la llegada a y de la inserción en el orden del falo. El mito de los orígenes, actualizado en las páginas del texto autobiográfico, declara la primacía de la descendencia por línea paterna y, con ella, del discurso androcéntrico. El padre legitima la autoridad del autobiógrafo al dar nombre al niño. Sin embargo, según la noción liberal del yo que motiva la autobiografía, sólo el autobiógrafo puede investir su nombre con nuevo poder e interpretarlo para el público. En el proceso debe borrar la huella de la línea materna, suprimiendo el nombre de la madre y toda la subjetividad femenina que no haya sido previamente mediada por la representación masculina" [Smith, p.94].



eslabón de una cadena genealógica de la que depende su naturaleza moral y social. Recibir un nombre deviene, por tanto, acto fundacional del individuo. Es un acto, de hecho, preconsciente, del que no queda recuerdo directo, de modo que saber de quién se es hijo resulta materia de fe <sup>(6)</sup>.

Para situar la importancia de la subversión que introduce González Mateo en el género autobiográfico, conviene hacer un repaso histórico del relato genealógico. Éste aparece desde las muestras más antiguas de la autobiografía que se conocen. Es el caso de la de Flavio Josefo (siglo I d.C.), que incluye una extensa genealogía por la que el autor justifica un grado de nobleza, virtud y relevancia que, a su parecer, le ha sido transmitida en la sangre. De hecho, en un texto que dedica sólo dos o tres páginas a los primeros treinta años de vida, la crónica familiar es casi lo único que se destaca <sup>(7)</sup>.

Sin embargo, en el gran texto autobiográfico de la antigüedad, *Las confesiones* de San Agustín, el relato genealógico no existe, debido a una concepción de la identidad humana radicalmente distinta, según la cual el único nacimiento que importa es el nacimiento a la fe, la conversión; si todos los hombres son iguales ante Dios y si la fuerza principal que actúa sobre el curso de la vida humana es la providencia divina, la individualidad queda de hecho anulada y de nada sirve complacerse en vanidades tales como un reluciente linaje <sup>(8)</sup>. Agustín, pues, no dedica ningún apartado especial a

(6) "El primer nombre recibido y asumido, el nombre del padre, y, sobre todo, el nombre de pila que nos distingue, son sin duda los datos capitales de la historia del yo" [Lejeune, p.75]; "Historia del nombre, establecida a menudo detalladamente para aburrimiento del lector en esos preámbulos en forma de árbol genealógico" [p.75].

(7) "No es la mía una familia carente de distinción, sino que desciende de los sacerdotes. Cada pueblo tiene un signo de nobleza, y así, entre nosotros, la participación en el sacerdocio es prueba de un linaje ilustre. Y mi familia no sólo proviene de sacerdotes sino también de la primera de las veinticuatro clases (y en esto la diferencia es grande) y de la más noble de sus tribus. Soy, además, de estirpe real por mi madre, pues los descendientes de Asmoneo, sus antepasados, fueron sumos sacerdotes y reyes de nuestro pueblo durante muchísimo tiempo. Relataré la sucesión: fue nuestro tatarabuelo Simón, apodado el Tartamudo (...) [sigue la lista patrilineal de sus antepasados al estilo bíblico]. Cito la sucesión cronológica de nuestra familia tal como la he encontrado registrada en los archivos públicos, sin preocuparme de los que intentan calumniarnos" [Josefo, p.100].

(8) Esta idea es básica para la autobiografía religiosa cristiana. Refiriéndose a otra época, la explica así un crítico: "...como en la teología del siglo XIX no es posible en la vida de los santos exponer la historia de una voluntad particular sino sólo la de la Gracia divina, tenemos, más que una biografía humana, una especie de teografía o de historia providencial en la que la causalidad propiamente humana no necesita ser especialmente analizada" [Sánchez Blanco, p.240].

hablar de "mis padres carnales, del cual y en la cual me formaste en el tiempo[ Señor]" [lib.I, c.VI, p.38], y sólo lo hace en el curso del relato, cuando es necesario para la narración. La tradición de la autobiografía religiosa cristiana, nutridísima en la España del siglo XVI en adelante, mantiene ante el linaje la misma actitud que San Agustín, aunque la obsesión nobiliaria de la sociedad en la que se produce la manifiesta en el concepto de limpieza de sangre. Santa Teresa, por ejemplo, en el *Libro de la vida*, oculta sus orígenes judeoconversos, limitándose a decir que sus padres eran cristianos y virtuosos<sup>(9)</sup>; sus biógrafos posteriores, sin embargo, inventaron un linaje hidalgo para la santa<sup>(10)</sup>.

En los textos autobiográficos laicos españoles de los siglos XVI y XVII sí se aprecia una obsesión genealógica, pero centrada en dejar de manifiesto la limpieza de sangre, en especial en aquellos autores que no pueden alardear de orígenes nobles. Alonso de Contreras, por ejemplo, tras informar de su nacimiento, de su bautizo y de las razones por las que adoptó el apellido materno (aclaración siempre necesaria en una sociedad patriarcal donde nombre y honor los transmite el padre), afirma en 1630 lo siguiente:

"Fueron mis padres cristianos viejos, sin raza de moros ni judíos, ni penitenciados por el Santo Oficio, como se verá en el discurso adelante de esta relación. Fueron pobres y vivieron casados como lo manda la Santa Madre Iglesia veinticuatro años..." [Contreras, p.70].

Otros soldados autobiógrafos, como Jerónimo de Pasamonte y Miguel de Castro, omiten casi por completo referencias a sus padres<sup>(11)</sup>. Pero en cambio Diego Duque de Estrada nos ofrece el caso español más acabado de relato genealógico; en

(9) Precisamente uno de los efectos de la condición de cristiana nueva en Teresa de Cepeda es la de inducirla a una forma de espiritualidad igualitaria y a una mentalidad preburguesa, en la que el ser hijo de Dios compensa cualquier falta de nobleza en los orígenes: "Se ha hablado con razón de una especie de anhelo en la santa por compensar con «linaje espiritual» la carencia de uno socialmente estimable" [Chicharro, p.23].

(10) Respecto a las autobiografías religiosas del XIX y el XX, vemos que en la de Santa María Micaela del Santísimo Sacramento no hay ni una línea dedicada a su familia, pese a ser una aristócrata. Ángela Sorazu, de orígenes humildes, sí enumera los nombres de sus abuelos, pero poco más. En cambio, Luis Martín recapitula extensamente la condición y carácter de sus abuelos y padres, cumpliendo el principio general de que las autobiografías religiosas masculinas se distinguen de las laicas menos que las de las mujeres.

(11) Pasamonte empieza la narración cuando tiene siete años, mientras que Miguel de Castro se conforma con decir de quién era hijo y que eran "sus legítimos padres" [Cossío, p.487].

su autobiografía, escrita con el objeto de pasar por noble, dedica un lugar preeminente a remontar su linaje hasta los mismísimos emperadores de Roma <sup>(12)</sup>.

Pero sin duda uno de los jalones más significativos en esta revisión ha de ser Torres Villarroel. El capítulo inicial de su *Vida* es su "Ascendencia", en la que traza una extensa genealogía de tipo burgués: desde una posición socialmente ínfima, sus ascendientes han ido progresando, por medio del esfuerzo personal y el trabajo, en diversos oficios como los de boticario, tapicero y libre-ro. Su padre, finalmente, alcanza un relevante lugar en la ciudad de Salamanca. La humildad de sus orígenes se compensa con su honradez. A partir de aquí, Torres esboza toda una teoría antinobiliaria del linaje, aunque no deja de mencionar que un limpio origen sí requiere ser cristiano viejo. La relectura que el astrólogo salmantino hace del relato genealógico muestra el conflicto entre la naciente identidad burguesa, basada en el mérito personal y el trabajo, y el todavía vigente sistema nobiliario, extremos entre los que el astrólogo oscila, a veces angustiosamente y no sin muestras de resentimiento social <sup>(13)</sup>.

(12) Ocupa en esto un capítulo previo a la narración, titulado "El origen de los Duques de Estrada", pero véase cómo en el título completo del manuscrito se insiste en esta cuestión: *Primera parte del libro intitulado Comentarios del desengañado de sí mismo, prueba de todos los estados y elección del mejor de ellos, o sea Vida del mismo autor, que lo es Don Diego Duque de Estrada. Origen de los Duques de Estrada de los emperadores romanos, de quien después descendieron los Águilas, llamados así por la insignia del águila, que sus antecesores traían en sus pendones o estandartes; copiado de las escrituras del Archivo de Simancas, del Nobiliario de España en la parte que trata de la nobleza de las montañas de San Vicente, y del tratado que Luis del Mármol, cronista del Emperador Carlos Quinto, hace del reino de Túnez, como también de un libro intitulado «Grandezas de la ciudad de Ávila», compuesto por el P.Fr. Luis de Ariz, monje benito, en el discurso del cual trata largamente de esta descendencia y hazañas de esta casa. Empezóse a escribir año 1607* [Cossío, p.251].

(13) "Ya he destapado los primeros entresijos de mi descendencia; no dudo que en registrando más rincones se encontrará más basura y más limpieza, pero ni lo sucio me dará bascas, ni lo más relamido me hará saborear con gula reprehensible. Mis disgustos y mis alegrías no están en el arbitrio de los que pasaron ni en las elecciones de los que viven. Mi afrenta o mi respeto están colgados solamente de mis obras y de mis palabras; los que se murieron nada me han dejado; a los que viven no les pido nada, y en mi fortuna o en mi desgracia no tienen parte ni culpa los unos ni los otros" [Torres, p.109]. "Un cristiano viejo, sano, robusto, lego y de buen humor es el que debe desear para abuelo el hombre desengañado de estas fantasmas de la soberbia; que sea procurador, abujetero o boticario, todo es droga. Yo, finalmente, estoy muy contento con el mío, y he sido tan dichoso con mis pícaros parientes que, a la hora que esto escribo, a ninguno han ahorcado ni azotado, ni han advertido los rigores de la justicia, de modo alguno, la obediencia al rey, a la ley y a las buenas costumbres. Todos hemos sido hombres ruines, pero hombres de bien, y hemos ganado la vida con oficios decentes, limpios de hurtos, petardos y picardías. Esta descendencia me ha dado Dios y ésta es la que me conviene y me importa" [Torres, p.111].

Abundando en esta línea, Rousseau, que pasa por ser el principal exponente del individualismo exacerbado que caracteriza a la autobiografía moderna, renuncia a la revisión de sus orígenes familiares, en perfecta sintonía con su propósito de contarlo todo de sí mismo para demostrar que “no soy como ninguno de cuantos vi, y aun me atrevo a creer que como ninguno de los que existen” [Rousseau, p.27]. Su voluntad de singularizarse le lleva a fabular un «yo» plenamente autónomo:

“Tales fueron mis padres. De cuantas prendas el Cielo les otorgara, sólo un corazón sensible me legaron, causa de todas las desventuras de mi vida, aunque para ellos fue origen de felicidad” [Rousseau, p.29].

Unas décadas después de Rousseau tenemos uno de los casos más característicos de relato genealógico: el de Chateaubriand, el cual remonta la crónica de su ilustre linaje bretón hasta el siglo XI echando mano de diversas historias nobiliarias, con todo lujo de detalles; es un resumen de ocho siglos en el cual su individualidad queda reducida a saber estar a la altura de su nacimiento <sup>(14)</sup>.

En España, ya mediado el XIX el bandolero Juan Caballero reproduce en sus memorias el tópico genealógico y su variante hispánica de la limpieza de sangre, que sin duda en las capas populares de la época seguía siendo de plena validez:

“Nací en la villa de Estepa (...), siendo hijo de padres honrados y cristianos viejos, y es falso que mi padre fuera gitano como quieren algunos. Mi padre se llamaba Luis Caballero Lamas, y venía su descendencia de lo que entonces se llamaba linaje hidalgo...” [Caballero Pérez, p.24].

Para finalizar este somero repaso convendrá aludir al caso de Pío Baroja, quien bien avanzado el siglo XX ya no se siente capaz de seguir sin más acumulando antepasados para autoensalzarse y opta por un distanciamiento irónico al presentar una detallada genealogía a medias histórica, a medias humorística, en *Juventud, egolatría*:

(14) “Je sui né gentilhomme. Selon moi, j'ai profité du hasard de mon berceau, j'ai gardé cet amour plus ferme de la liberté qui appartient principalement à l'aristocratie dont la dernière heure est sonnée” [Chateaubriand, p.7]



“El célebre vizconde de Chateaubriand (...) después de lucir su parentela de príncipes y de reyes, dice que no da importancia a estas miserias.

Yo voy a hacer como él: sacaré a relucir todo el charol que encuentre en la familia en lo mítico y en lo histórico, y después diré que no doy importancia a estas miserias. Y, además, será verdad” [Baroja, t.V, p.188]

Pero en sus memorias de los años 40, un Baroja mucho más lúgubre se extiende en su genealogía, aunque se siente obligado a disculparse por ello una y otra vez <sup>(15)</sup>. En cierto modo, Baroja, al recurrir en un caso al humor y en otro a las disculpas, está certificando la defunción de un tópico literario ya desfasado. A partir de entonces, la indagación en los orígenes familiares se hará no tanto para ennoblecerse y buscar allí la dignificación del autobiógrafo como ser humano, sino más bien para escrutar el proceso de formación del carácter, el efecto de los padres y el medio familiar sobre el individuo, a menudo con un duño sentido crítico. Y es en ese punto donde cobra un enorme interés la precocidad de González Mateo, que en fecha tan temprana como 1809 nos deja el testimonio de una recusación en toda regla de la figura paterna.

Fijémonos, además, que dentro de una amplísima gama de relatos genealógicos, éstos pueden a menudo faltar, pero lo que nunca hay es un relato genealógico invertido, es decir, la crónica de unos orígenes infamantes. Es significativo, a este respecto, que en dos fórmulas literarias coetáneas y con muchos puntos de contacto, como son la novela picaresca y las autobiografías de soldados, éstas imitan numerosos aspectos burlescos y antiheroicos de aquella, pero nunca reproducen la genealogía infamante. Sin duda, la ficción se adelantó siglos enteros en practicar una ácida subversión del sistema de valores dominante; las narraciones de vidas reales no la siguieron por ese camino. De hecho, el único ejemplo que tengo presente de inversión del rela-

(15) “Yo no he sentido ni preocupación ni gusto aristocráticos. Para eso, en mi caso hubiera habido que tener la vida asegurada y relaciones entre gente rica, que yo no he tenido nunca. A pesar de ello, algo parecido a idea genealógica y racista lo sentí al buscar los ascendientes de don Eugenio de Aviraneta...” [Baroja, t.VII, p.504]; “En mi familia no hubo ni la más pequeña tendencia de pretensión hidalguesca o aristocrática. Si yo señalé en otro libro autobiográfico los orígenes de algunos ascendientes míos, no fue por pretensiones al buen tono, sino por marcar el lugar y la clase social en que vivieron estos ascendientes” [ibíd.]; “Me refiero a ello [su ascendencia], y me refiero con detalles, no por creerlos de importancia, sino por considerar que todo lo que esté explicado con pormenores precisos puede llegar a tener cierto interés” [p.505].

to genealógico es el de Santiago González Mateo, que por eso adquiere mucha mayor importancia <sup>(16)</sup>.

La autobiografía de nuestro personaje se abre con un relato genealógico extraordinariamente consciente de las convenciones del género y en el que, al mismo tiempo, el autor adopta la que va a ser su máscara durante todo el trayecto de la autobiografía: la de Job, víctima de una vida que ha sido puro sufrimiento. Lo hace en términos que harán las delicias de los aficionados a la crítica psicoanalítica:

“Es común estilo principiar la relación de las vidas por el nacimiento; pero ésta comienza desde la concepción, por ser en todo extraordinaria, y que la oscuridad y reclusión en el útero materno tiene santa analogía con las cárceles, calabozos y otras penalidades toleradas por el referente todo el discurso de su fatal hado y desconsolada suerte.

Fue mi concepción, a lo que pienso, sacrílega si mi padre fue Pradejón; pero mística y patética si lo fue D. Ramón, cuyas pruebas se harán manifiestas en el carácter que manifestaré de dichos dos padres” [pp.301-302].

Como ya dije antes, el nacimiento es preconsciente, un acto de fe afirmado en documentos o tradición oral; eso precisamente permite a Santiago González Mateo ponerlo en duda, elegir su propia genealogía. Así, empieza su historia diciendo que no sabe quién es su padre, negando su nombre. Su padre puede ser el que oficialmente pasa por serlo (“padre, digo, según la común opinión, porque pagó el real del bautizo” [p.303]), o bien un íntimo amigo suyo, un fraile ignorante y embrutecido llamado Pradejón. Con el sarcasmo que le caracteriza, afirma que su madre pudo concebirle de Pradejón porque quien ama mucho a alguien, ama mucho también a sus amigos.

No le basta, sin embargo, con arrojar sobre su madre el dictado de adúltera y sobre sí mismo el de bastardo. Acumula infamia sobre infamia y dice

(16) Los dos críticos que se han acercado a este texto ponen de manifiesto su cercanía a la picaresca. Serrano y Sanz afirma que tomaría la obra por una novela de no haber podido constatar la realidad histórica del autor; Caro Baroja, por otra parte, atina al situar en el humor tragicómico la raíz de esta semejanza: “Como narrador de su propia vida. González Mateo no lo es de estilo declamatorio o solemne. Ni San Agustín ni Rousseau son sus modelos literarios, aunque es posible que leyera las autobiografías del santo y del filósofo. Está más cerca del tipo de los fingidos autores de relatos autobiográficos, de la novela picaresca. Y como ellos, tiene una verdadera insensibilidad para separar lo trágico de lo cómico” [Caro Baroja, p.120].

que, de ser su padre D. Ramón: "Mi genealogía es verosímil sea de línea judaica, por el apellido González, y por el de Mateo (apellido de santo) de bastarda e incógnita generación" [p.302]. Prueba su afirmación con dos argumentos, a cual más peregrino: los apellidos terminados en "z" son -dice- de origen judío; y los que tienen nombre de santo son propios de bastardos, por usarse el de las iglesias en que éstos son abandonados. Evidentemente, el alavés conoce la inconsistencia de sus argumentos, pero le interesa colocar sobre sí los dos timbres de deshonor más activos en una sociedad como la suya: la bastardía y el judaísmo.

¿Y por qué deshonorarse a sí mismo? La explicación se encuentra en la figura del padre, de quien traza un retrato en verdad admirable, que parece sacado de una obra de Quevedo. Lo pinta como un demente que va todo el año vestido con ropas extravagantes y ridículas, fanatizado por las supersticiones religiosas y sus tratos con los frailes, ignorante, que abandona el cuidado de su hacienda por la lectura de libros piadosos. Pero sobre todo destaca su inhumanidad y el trato brutal que administra a sus hijos, con palizas arbitrarias y fuera de toda medida. Santiago González Mateo describe su infancia como una serie ininterrumpida de golpes, enfermedades y desdichas, y con negro sentido del humor realiza a lo largo del texto una terrible y sanchopancesca cuenta de los azotes recibidos hasta sumar varias decenas de miles <sup>(17)</sup>.

Otro de los daños que atribuye a su padre es el de haberle obligado a seguir la carrera eclesiástica, cuando él tenía una marcada afición al trato con las mujeres, según pone de manifiesto una y otra vez con escaso pudor. De hecho, González Mateo se jacta de su inclinación lujuriosa, así como se acusa (o mejor, se vanagloria) de otras hazañas como hurtos, engaños, mentiras, mendicidad, desobediencia, gamberradas y trapacerías de todo estilo... <sup>(18)</sup> La razón de que se atribuya todos los elementos que, según el sistema de valores en que él vive, pueden acarrearle mayor deshonor y rechazo, es el deseo de que ese deshonor revierta sobre su padre, en virtud de ese vínculo moral

(17) Con ocasión de una tunda de cuatrocientos azotes señala: "Desde esta sangrienta operación se me imprimieron ciertos efluvios físicos (por el estilo que los perros participan de sus amos, en virtud de los que les hallan las cosas perdidas sin haberlas visto), causándome tal terror pánico, que enmudezco repentinamente en cualquiera ocasión que mi padre esté cerca, aunque no lo vea" [p.318].

(18) Tiene, por ejemplo, una quevedesca afición a lo escatológico: "...se trató por postre quién se comería un cuarterón de excremento; y yo, como menos escrupuloso, prometí ejecutarlo; (...) el cual [plato] limpié muy bien, sin fastidio ni desagrado..." [p.329].

padre-hijo que actúa en las dos direcciones. Ejemplo de esto es su modo de practicar la mendicidad, con premeditado escándalo público:

“...me entregó [mi padre] en diez papeles diez dobillas de a veintiuno y cuartillo (necesitaba otro tanto); y al exponerle que era poco dinero, fue a coger la espada; ínterin yo, saliéndome de la sala, lo dejé cerrado con llave en compañía de su mujer (...). Salí a la calle y a grandes gritos empecé a pedir limosna en la casa del vecino para ayuda de efectuar el viaje; salió la madrastra avergonzada al balcón (...) ofreciéndome más dinero...” [pp.342-343].

De esta manera, la destrucción del modelo de conducta que gira en torno al patriarcado, al inclumplir el patriarca sus obligaciones mínimas, acarrea a la postre la destrucción completa de la socialización del hijo y el rechazo al modelo de identidad que se le exige como buen hijo, buen hombre, buen español, buen sacerdote, buen católico y buen ciudadano. González Mateo parece querer describir en sí mismo un contramodelo de conducta, que invierte todos los cánones haciendo que cada una de estas infracciones se traslade sobre el último culpable, que resulta ser su padre. Al final, su ruptura con el medio social es completa, como indica en el momento en que, siendo afrancesado, escribe su autobiografía:

“La segunda [causa de escribir mi trágica vida] ha sido ocupar el tiempo, separado de la comunidad de las gentes de mi pueblo, cuyo trato me ha deparado siempre las más infaustas consecuencias” [p.299].

Entre los autobiógrafos españoles contemporáneos de Santiago González Mateo podemos localizar algunos elementos aislados que se relacionan con lo que ya hemos visto en el cura riojano. El también cura, pero gallego, Juan Antonio Posse, al narrar su infancia y tras trazar un bastante detallado relato genealógico, pone un dolorido énfasis en la superstición, la pobreza y la brutalidad dentro de las que pasó sus primeros años, en un minúsculo pueblecito de la costa coruñesa. Sin embargo, la acusación contra el duro comportamiento del padre no llega muy lejos, no es más que una constatación amarga, que no se resuelve en rebeldía <sup>(19)</sup>.

(19) “Mi padre era de genio colérico, alocado, poco trabajador; no sabía leer ni escribir, y no tenía cualidad alguna de las necesarias para dar una buena educación a sus hijos. (...) Mi padre era muy crédulo y muy supersticioso. Sabía mil cosas de las brujas, y nos las



Pero quizá el ejemplo que parece más cercano sea el de José María Blanco-White, escritor apátrida y apóstata. Pero las semejanzas son sólo aparentes y un estudio de las reacciones de ambos ante ciertas presiones del medio social es revelador. A González Mateo le obsesionaba la brutalidad recibida de parte de su padre; el resto de su rechazo (a la comunidad, a la Iglesia) viene como consecuencia de esta ruptura inicial. El enfrentamiento con un padre vesánico le obliga a repudiar el código moral en su conjunto, del cual el patriarcado es piedra angular. En el caso de Blanco-White el proceso es el contrario: sus padres son personas buenas y cariñosas; sin embargo, están dominados por el fanatismo religioso y son ellos quienes conducen a su hijo por un camino que le fuerza a vivir en contra de su conciencia y le lleva al ateísmo, a la inmoralidad y a la hipocresía. Pero siendo de carácter muy sensible y sin sentido del humor, Blanco-White no soportaría someter a sus padres a un proceso de acusación por el mal que le han causado; en consecuencia, transfiere toda la culpabilidad a una instancia superior, la tiranía teocrática que gobierna España<sup>(20)</sup>. Por eso la crítica del sevillano nunca recae sobre sus padres y puede salvar la totalidad del legado moral heredado a través de su linaje. Su propia autoestima, que depende del honor que le han transmitido sus padres, permanece intacta. No se explica de otra manera el insólito hecho de que Blanco hiciera acompañar su autobiografía con un árbol genealógico<sup>(21)</sup>, que indica que no ha sido capaz de desprenderse de la vanidad de que tener unos antepasados ilustres le ennoblece. Por eso, al con-

contaba con la mayor sinceridad del mundo cuando estaba de cháchara" [Posse, pp.17-18]; "...mi padre, aunque no tenía mejores conocimientos de lo honesto que los demás, con los malos tratamientos y castigos que me daba, contribuyó a hacerme temeroso y circunspecto" [p.20].

- (20) "El único objetivo de aquel hombre verdaderamente bueno [su padre] era mi educación religiosa, según entendía él esta palabra y en total sumisión a las ideas de su director espiritual. Mi madre también pensaba así pero, como estaba dotada de grandes talentos naturales, de vez en cuando no podía menos de desear instintivamente algo menos sombrío y cerrado que la religión que imponían los teólogos de su Iglesia. Es imposible alabar debidamente la bondad de mis padres y su sincera piedad. (...) Su desgracia, y también la mía propia en cuanto que mi felicidad estaba en sus manos, era la consecuencia lógica de haber aceptado ciegamente las exigencias de la religión en la que vivieron hasta su muerte" [Blanco, p.37]. "Ciertamente, todos los comprometidos en la confabulación (...) de conquistarme para la Iglesia lo hacían por motivos que no puedo condenar: todos me querían y todos eran sinceros" [p.86].
- (21) Igualmente incluye un extenso relato genealógico que hace remontar a tiempos de Cromwell y certifica la impronta recibida de su familia irlandesa: "De esta manera fui educado sin percatarme de si éramos ricos o pobres, aunque me hicieron adquirir las virtudes de la hidalguía española" [Blanco, p.32].

trario que González Mateo, tan sólo sugiere muy veladamente la ruptura de su voto de castidad y fuera de lo que afecte a su problema religioso, no vierte el más mínimo deshonor sobre sí mismo ni sobre su familia <sup>(22)</sup>.

Ni Posse, ni Blanco-White se aproximan a la agresividad desplegada por González Mateo en una auténtica revuelta contra una opresión que no era simplemente la de un padre sobre su hijo, sino que alcanzaba dimensiones mucho más profundas dentro de las relaciones sociales y de la concepción de la identidad individual. En cierto modo, González Mateo impugna todo un modelo de masculinidad, un sistema de valores global, aquél que implica una relación privilegiada entre el padre y su hijo varón, excluyendo a las féminas del protagonismo en la herencia. Esa relación se basa en el principio de autoridad: el padre decide el destino del hijo en la vida y le facilita medios materiales; el hijo obedece y respeta, asume el compromiso de mantener y acrecentar la herencia moral y material recibida. Pero cuando el autoritarismo paterno se transforma en arbitrariedad y sevicia, el hijo no puede simplemente romper ese lazo y seguir viviendo; la crisis alcanza al conjunto del sistema de valores, ha de rechazar por entero el modelo de identidad (masculina) que se le impone: al repudiar a su padre repudia también su comunidad, su obediencia religiosa, su propio país, el Estado autoritario. En definitiva, Santiago González Mateo no puede ser un hombre en el sentido en que su sociedad le exige serlo, y opta por situarse exactamente en una definición contraria de hombre.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS CITADAS

- AGUSTÍN, SAN, *Las confesiones*, Akal / Clásica, Madrid 1986. Edición de Olegario García de la Fuente.
- BAROJA, PÍO, *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid 1948-1949. Tomos V y VII.
- BLANCO WHITE [BLANCO Y CRESPO], JOSÉ MARÍA, *Autobiografía de Blanco-White*, Universidad de Sevilla (Colección de bolsillo, nº 36). Sevilla 1988 (2ª ed.). Edición de Antonio Garnica.

(22) Podría traer aquí a colación el caso de Zorrilla, cuyas memorias incluyen la relación padre-hijo más compleja y conflictiva de todo el siglo XIX, interesantísima en sus matices. No obstante, se aleja un tanto del marco temporal que estoy abordando.

- CABALLERO PÉREZ, JUAN, *Historia verdadera y real de la vida y hechos notables de Juan Caballero Pérez, vecino de Estepa, villa de Andalucía, escrita a la memoria por él mismo*, Ediciones Turner, Madrid 1977. Edición de José María de Mena.
- CARO BAROJA, JULIO, "Sobre un precursor del tremendismo", *Vidas poco paralelas (con perdón de Plutarco)*, Ediciones Turner, Madrid 1981, pp.117-141.
- CASTRO, AMÉRICO, *España en su historia. Cristianos, moros y judíos*, Editorial Crítica, Barcelona 1984.
- CHATEAUBRIAND, *Mémoires d'Outre-Tombe*, Gallimard (Bibliothèque de la Pléiade), París 1983.
- CHICHARRO, DÁMASO, introducción a: SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de la vida*, Ediciones Cátedra, Madrid 1984.
- CONTRERAS, ALONSO DE, *Discurso de mi vida*, Espasa-Calpe, Madrid 1988. Edición de Henry Ettinghausen.
- COSSÍO, JOSÉ MARÍA DE, *Autobiografías de soldados. Siglo XVII*, Ediciones Atlas (BAE 90), Madrid 1956.
- GONZÁLEZ MATEO, SANTIAGO, "Vida de Don Santiago González Mateo", *Revue Hispanique*, t.XL (1917), nº 98, pp.295-405. Edición de Galo Sánchez.
- JOSEFO, FLAVIO. *Autobiografía - Contra Apión*, Editorial Gredos (BCG 189), Madrid 1994.
- LEJEUNE, PHILIPPE, *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Megazul - Endymión, Madrid 1994.
- MARÍA MICAELA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO, SANTA, *Autobiografía*, La Editorial Católica (BAC 428), Madrid 1992. Edición de María Milena Toffoli Moyano.
- MARTÍN GARCÍA, LUIS, *Memorias del P. Luis Martín, General de la Compañía de Jesús (1846-1906)*, Institutum Historicum Societatis Iesu - Universidad Pontificia de Comillas - Universidad de Deusto - Editorial Mensajero, Roma - Madrid - Bilbao 1988. Edición de J.R. Eguillor, Manuel Revuelta y R.M. Sanz de Diego.
- POSSE, JUAN ANTONIO, *Memorias del cura liberal don Juan Antonio Posse, con su Discurso sobre la Constitución de 1812*. Edición a cargo de

- Richard Herr*, Centro de Investigaciones Sociológicas - Siglo XXI, Madrid 1984.
- ROUSSEAU, JUAN JACOB, *Las confesiones*, Espasa-Calpe (Selecciones Austral, 60), Madrid 1983.
  - SÁNCHEZ BLANCO, FRANCISCO, "La conciencia del cuerpo: los escritos autobiográficos de Santiago Ramón y Cajal", *Asclepio*, vol.XXXVI (1984), pp.239-252.
  - SERRANO Y SANZ, MANUEL, *Autobiografías y memorias*, Librería Editorial de Bailly-Baillière e Hijos (Nueva Biblioteca de Autores Españoles, 2), Madrid 1905 (pp.CIII-CV sobre González Mateo).
  - SMITH, SIDONIE, "Hacia una poética de la autobiografía de mujeres", *Anthropos*, Suplemento 29 (diciembre 1991), pp.93-105.
  - SORAZU, ÁNGELES, *Autobiografía espiritual*, Universidad Pontificia de Salamanca - Fundación Universitaria Española, Madrid 1990. Edición de Fray Luis Villasante.
  - TORRES VILLARROEL, DIEGO DE, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*, Ediciones Cátedra, Madrid 1980. Edición de Dámaso Chicharro.
  - ZORRILLA, JOSÉ, *Recuerdos del tiempo viejo*, en *Obras completas*, Librería Santarén, Valladolid 1943, tomo II, pp.1729-2103. Edición de Narciso Alonso Cortés.